

RECUERDOS PERIODÍSTICOS

Conferencia dada por don Carlos Silva Vildósola, el miércoles 1.º de agosto, en la velada inicial de las sesiones quincenales que se realizarán en el diario.

La popularidad de Angel Pino estaba ya bien establecida al cabo de tres o cuatro años de labor. La historia del seudónimo que será una piedra miliaria en la historia del humorismo chileno es bien sencilla: era nada más que el nombre de un inspector de tranvía de sangre de Suiño, a quien por razones de ritmo buen humor Joaquín y sus hermanos y amigos más íntimos consideraban un personaje cómico y hacían víctima de bromas.

Este período juvenil se cierra en 1900. Desde fines del año anterior se habían pronunciado divergencias entre Delplano, que ya era socio de los fundadores del diario, y sus compañeros encabezados por Joaquín Echenique. Se acercaba el término de la escritura social y no parecía posible renovar el grupo. Por disposición legal, al liquidarse la sociedad debía rematarse el bien social entre socios. Delplano presentó un contrato en el cual tenía derecho al cincuenta por ciento de las utilidades, lo que él entendía en el sentido de que también comprendía el aumento de valor que bajo su administración había tenido el diario. "El Chileno" no representaba al "omero Delplano más de 30.000 pesos. En 1900 podía ser estimado en 200.000, es había de juzgar por las utilidades que daba. Los socios fundadores no tenían interés pecuniario en la empresa, sólo les importaba la obra de propaganda social. So metida la divergencia al arbitraje de don Germán Riesco, Fiscal de la Corte Suprema, dio la razón a Delplano. En esas condiciones no cabía presentarse al remate. Mientras más subiera el valor, mayor era la cuota que en él tenía Delplano.

Joaquín Díaz y yo reconocíamos la extraordinaria capacidad de Delplano y no le hacíamos cargos ni por la austeridad de su economía ni porque quisiera defender sus intereses creados con un esfuerzo gigantesco en que consumía su salud empeñada en el bienestar de su familia aumentada cada año. Pero no teníamos deseos de continuar en el diario sin los amigos que nos habían llevado a él. Yo obtuve en febrero de 1900 un nombramiento diplomático y Joaquín fue invitado por uno de sus compañeros de colegio, don Agustín Edwards, a colaborar en la fundación de "El Mercurio" en Santiago. Los señores Edwards perdieron en esa empresa mucho dinero. Se hacían revistas demasiado finas para el gran público. Y aquí se me permitió llamar de nuevo la atención hacia el prodigioso trabajo de Díaz García, que en aquel tiempo dirigía y administraba "El Mercurio", dirigía y administraba Zig-Zag, escribía en los diarios y las revistas y, además, era Alcalde de Santiago durante algunos meses.

Se trataba de hacer algo totalmente diverso de cuanto en Chile se había entendido hasta entonces por un periódico. Todo debía ser diferente: el formato, la disposición del material, el rumbo general, el espíritu de los redactores y administradores, las máquinas con que se debía contar, el método de redacción, la política que se estaría dividiendo, las materias de que se ocuparía, los servicios que recibiría del extranjero y del país.

Se trataba de hacer algo totalmente diverso de cuanto en Chile se había entendido hasta entonces por un periódico. Todo debía ser diferente: el formato, la disposición del material, el rumbo general, el espíritu de los redactores y administradores, las máquinas con que se debía contar, el método de redacción, la política que se estaría dividiendo, las materias de que se ocuparía, los servicios que recibiría del extranjero y del país.

Se trataba de hacer algo totalmente diverso de cuanto en Chile se había entendido hasta entonces por un periódico. Todo debía ser diferente: el formato, la disposición del material, el rumbo general, el espíritu de los redactores y administradores, las máquinas con que se debía contar, el método de redacción, la política que se estaría dividiendo, las materias de que se ocuparía, los servicios que recibiría del extranjero y del país.

Se trataba de hacer algo totalmente diverso de cuanto en Chile se había entendido hasta entonces por un periódico. Todo debía ser diferente: el formato, la disposición del material, el rumbo general, el espíritu de los redactores y administradores, las máquinas con que se debía contar, el método de redacción, la política que se estaría dividiendo, las materias de que se ocuparía, los servicios que recibiría del extranjero y del país.

Se trataba de hacer algo totalmente diverso de cuanto en Chile se había entendido hasta entonces por un periódico. Todo debía ser diferente: el formato, la disposición del material, el rumbo general, el espíritu de los redactores y administradores, las máquinas con que se debía contar, el método de redacción, la política que se estaría dividiendo, las materias de que se ocuparía, los servicios que recibiría del extranjero y del país.

Se trataba de hacer algo totalmente diverso de cuanto en Chile se había entendido hasta entonces por un periódico. Todo debía ser diferente: el formato, la disposición del material, el rumbo general, el espíritu de los redactores y administradores, las máquinas con que se debía contar, el método de redacción, la política que se estaría dividiendo, las materias de que se ocuparía, los servicios que recibiría del extranjero y del país.

Desde entonces y con mejores razones en su madurez, la compañía de Díaz García era buscada por todos y se formaba en torno suyo un círculo de admiradores para quienes su conversación, ese chisporroteo incesante de observaciones ingeniosas, mezcladas con la emoción profunda que le producían todos los dolores, todas las tristezas, y con la revuelta de su alma generosa contra todas las injusticias, era uno de los placeres más nobles.



Don Joaquín Díaz García

Este era un noctámbulo; se levantaba a veces a medianoche después de haber trabajado doce o catorce horas sin más interrupción que unas comidas muy frugales. Lo esperábamos rendidos de sueño, rabiosos y agresivos, hasta que lográbamos que nos midiera con esos cáñamos anudados, con que se atan las formas o trozos de composición, aplicándolos primero sobre nuestras frentes rojas y azules y después sobre un coronel de bronce del largo de la columna. Era un momento de ansiedad, porque nuestra ligereza de alma y descuido de todo lo práctico eran tales que nunca sabíamos calcular cuánto obtendríamos y cuánto nos costarían esas grandes ilusiones. Y debíamos escribir mucho porque sacábamos como término medio unos doscientos pesos Joaquín y yo más de trescientos, con lo que en aquella época me sentía en el camino de la fortuna.

Alrededor de "El Chileno" se había formado una tertulia de muchachos de buen humor sin trascendencia literaria ni política dispuestos a estar alegres y divertirse con más o menos de bronce. Era un momento de ansiedad, porque nuestra ligereza de alma y descuido de todo lo práctico eran tales que nunca sabíamos calcular cuánto obtendríamos y cuánto nos costarían esas grandes ilusiones. Y debíamos escribir mucho porque sacábamos como término medio unos doscientos pesos Joaquín y yo más de trescientos, con lo que en aquella época me sentía en el camino de la fortuna.

Actúe a mi memoria la labor festiva de Joaquín Díaz cuando la muerte del general Baquedano, ocurrida en medio de nuestras dificultades con la República Argentina, sirvió a "El Chileno" para hacer más intensa su propaganda patriótica. Me refirió esa día que en vano había tratado de descubrir anécdotas sobre Baquedano, frases napoleónicas, palabras del gran jefe que pudieran servir para despertar los sentimientos militares y patrióticos en la multitud. Luego reflexionó y se puso a inventar anécdotas de Baquedano que nuestro diario publicó y que han prestado después excelentes servicios en textos de lectura para niños de las escuelas. Su fantasía y su facultad de asimilación, habían hecho actuar al gran soldado del 79 como debería haber actuado si hubiera tomado en cuenta que estaba en absoluto a lo que se llama método y disciplina. Temperamento de artista que nunca atribuyó importancia alguna al dinero, algo bohemio, soñando siempre bellezas, riendo como cantan los pájaros por necesidad de traducir la alegría de vivir y derramar en el mundo una armonía con el soldado, urgido entre unos estudios de Derecho que hacía forzadamente una exuberancia juvenil que necesitaba expansión Joaquín Díaz escribía siempre a escape, al azar de la inspiración del momento.

Los últimos días del mes eran somбрíos. Mechos mal para Joaquín Díaz que tenía un cuadro que me causaba lástima. Pero yo veía acercarse con terror

editoriales políticos o sobre otras cuestiones graves, se ordenan en la muchedumbre, temen de las páginas de nuestras colecciones. Y en el espíritu que predominaba en la imprenta, había mucho de la personalidad de Díaz García. Eramos camaradas alegres, embarcados en una empresa que nos parecía divertidísima con un entusiasmo a prueba de golpes y dificultades, con una fe que desafiaba los ataques a los cuales jamás respondíamos (por cierto con renovado furor de los críticos y detractores). Se puede decir que vivíamos en la casa del diario, donde ya había comedores. Eramos en gran mayoría solteros, casi con la sola excepción de Edwards que se caso a los 19 años. Juntos pasábamos el día entero y gran parte de la noche, haciendo relevos de guardarse los soldados, en una especie de bohemia alegre de pelo bien peinado y cuello limpio. Nos unía una amistad profunda como la que se produce en días de peligro o de grandes esfuerzos entre marinos y soldados.

La brillante y simpática personalidad de Díaz García no sólo penetraba en el diario y le daba un alma, sino que le ganaba amigos en el público. Avisadores, suscritores, políticos, escritores, todos eran conquistados por aquel joven que se daba generosamente para servir, para ayudar, para complacer.

La fundación de "Zig-Zag" con la revista de este nombre y el grupo de publicaciones que la siguieron fue otra empresa atrevida de Agustín Edwards en la cual Joaquín Díaz entró como colaborador y a la vez visible. Fue uno de los esfuerzos que para se hayan hecho en Chile para dotar al país de buenas revistas.

"Zig-Zag" tuvo en sus primeros años un carácter artístico y literario, muy superior al nivel intelectual del gran público, y fue una obra de cultura, de educación, de difusión del buen gusto, emprendida por los hermanos Edwards, con sacrificio pecuniario y por sus colaboradores, con un fuerte sentimiento de deber.

La fundación de "Zig-Zag" con la revista de este nombre y el grupo de publicaciones que la siguieron fue otra empresa atrevida de Agustín Edwards en la cual Joaquín Díaz entró como colaborador y a la vez visible. Fue uno de los esfuerzos que para se hayan hecho en Chile para dotar al país de buenas revistas.

La fundación de "Zig-Zag" con la revista de este nombre y el grupo de publicaciones que la siguieron fue otra empresa atrevida de Agustín Edwards en la cual Joaquín Díaz entró como colaborador y a la vez visible. Fue uno de los esfuerzos que para se hayan hecho en Chile para dotar al país de buenas revistas.

La fundación de "Zig-Zag" con la revista de este nombre y el grupo de publicaciones que la siguieron fue otra empresa atrevida de Agustín Edwards en la cual Joaquín Díaz entró como colaborador y a la vez visible. Fue uno de los esfuerzos que para se hayan hecho en Chile para dotar al país de buenas revistas.

La fundación de "Zig-Zag" con la revista de este nombre y el grupo de publicaciones que la siguieron fue otra empresa atrevida de Agustín Edwards en la cual Joaquín Díaz entró como colaborador y a la vez visible. Fue uno de los esfuerzos que para se hayan hecho en Chile para dotar al país de buenas revistas.

La fundación de "Zig-Zag" con la revista de este nombre y el grupo de publicaciones que la siguieron fue otra empresa atrevida de Agustín Edwards en la cual Joaquín Díaz entró como colaborador y a la vez visible. Fue uno de los esfuerzos que para se hayan hecho en Chile para dotar al país de buenas revistas.

La fundación de "Zig-Zag" con la revista de este nombre y el grupo de publicaciones que la siguieron fue otra empresa atrevida de Agustín Edwards en la cual Joaquín Díaz entró como colaborador y a la vez visible. Fue uno de los esfuerzos que para se hayan hecho en Chile para dotar al país de buenas revistas.

tría, que admira con fervor religioso, le ha mostrado como títulos de orgullo para los chilenos. Los Gobiernos que se suceden en rigurosa rotación constitucional, el sentido clásico del derecho, las libertades públicas y más que todo el predominio de una selección de hombres mejor preparados que la masa, todo puede ser envuelto y arrastrado en la tormenta de que ya durante la Presidencia de don Juan Luis Sanfuentes había pronóstico inquietantes. Díaz García le mucho en esos años de literatura, ciencia política, historia y filosofía que comenzó a escribir y a influir como nadie en su espíritu el pensador francés Charles Maurras. En ese soberbio filósofo de la aristocracia intelectual que es a un tiempo un gran artista literario, autor acaso de la más bella prosa que se escribe en Francia en su tiempo. Díaz García halla la realización de su vida política y artística. Se verifica en su espíritu un fenómeno semejante al que algunos biógrafos han señalado en don Francisco de Quevedo cuando después de vivir la alegre vida de la Corte y seguir la corriente de su tiempo, se da cuenta desde la cumbre de la gloria de su dominancia de España que comienza y consciente de las responsabilidades que su talento le impone prorrumpe grave y amenazador en la inmortal Epístola: No he de callar, por más que silencio avises o amenaces... Díaz García siente venir la avalancha niveladora y monodora que en 1920 se encauza en la candidatura presidencial de don Arturo Alessandri. Comprende que es el comienzo del fin de la organización social existente en Chile desde cerca de un siglo, desde que este país tuvo orden y democracia resurgiendo de la ruina de la justicia. Sus amigos de "El Mercurio" también lo entienden, pero consideran estéril una oposición implacable contra el cumplimiento de una ley histórica que nadie podrá detener, y prefieren buscar la canalización del movimiento para salvar lo esencial. Entonces Joaquín Díaz en su espíritu se separa del diario que ha servido durante los veinte años más fecundos de su vida. Todavía fugitiva desde "El Diario Ilustrado" al candidato de las masas, todavía escribe artículos de gran energía doctrinaria y de mucha pasión política. Pero ya está herido. Desde su regreso de Europa la enfermedad lo acecha, lo cerca, lo ahoga entre sus brazos, y su voz trémula se ahoga en un grito desolado de alarma, de dolor de amor a su patria, voz que clama en defensa de un mundo que muere... Dos grandes fuerzas espirituales lo sostuvieron en esas horas de recogimiento que fueron los últimos meses de su vida: su fe religiosa y el amor a los suyos. Orela con ardor apasionado de cristiano primitivo y con el convencimiento racional de un hombre que con una vida casada por amor con una mujer que quien se combinaban por un milagro estos tres elementos: belleza, pasión y talento. Relijión y hogar le habían hecho amable la vida. Por los suyos hubiera querido vivir. La fe le permitía afrontar la muerte sin miedo, viendo hacia un firmamento lleno de esperanzas como una noche de primavera llena de astros. El estado de su alma en el último período de su vida se adivina en algunas hojas que han quedado inéditas y que tienen una forma de peregrinación, emociones que en medio ocultas tras la forma literaria, confesión y sollozo, cuya interpretación exigiría un conocimiento muy profundo de su corazón. Voy a leer el final de ese trabajo que para las gentes con una sensibilidad afinada resulta más que lo que pudieran mirar en un aspecto del alma de Joaquín. "Las campanas llaman." El poeta se detuvo sobrepasado. ¿Volvía el eco a turbar la serenidad de su alma el reposo casi letárgico de su cuerpo? No; no eran voces humanas ni divinas, esas intermedias entre las de la tierra y las del cielo que rondaban por los campos y que suscitan como golondrinas que buscan alero. Unas parecían voces de niños, de mujeres otras y también las había de hombres; isócronas, acompañadas de aves. Aquéllas reían, las otras lloraban, las unas clamaban con desesperados lamentos que debía ser tal vez, pensó el poeta, la hora en que los ángeles bajan de nube en nube, los brazos desnudos caídos a lo largo de sus tónicas plateadas, las manos tendidas horizontalmente alzadas como mariposas en sueños. Ya había encontrado su poema, ya había saciado su sed; no serían sonetos las emanaciones de su alma, sino plegarias; vino escanciado en campanas de oro. El vino de su melancolía se iba a beber de olor a incienso y a lágrimas ante el dolor humano. El poeta traspasó el umbral, traspasó el camino, entró por la puerta del templo. Se apagarón los cirios que ardían. Dejaron de moverse los incensarios. Todo quedó en silencio y entonces penetró un extraño orzante que iluminó los cristales, un rayo de luna se deslizó por las gradas de mármol del altar. El errante fatigado cerró los ojos y se durmió. En ese sueño tan intenso que parecía una muerte, un término, el joven creyó ver también a la figura blanca serena que se había convertido en una sombra que se desvanecía en su tiempo sintió cada una de sus manos cogida por otra de su mujer, tan pequeña y delicada, que tenía opresión. Una de ellas era indudablemente la que en el mediodía de sol le había amado. La otra recordaba le miraba con una fría calma. Los cristales resonaron sin gradaciones, vibraron de la luz plateada que parecía polvo de estrellas hasta la fosforescencia de la primera aurora. Sólo supo el joven que había llegado el nuevo día porque se abrió y entraron los incensarios batieron, los cirios se movieron de llamas y el sacerdote llamado de oro y con el cáliz en las manos subió al altar. El poeta sintió entonces que ya estaba todo reducido a cenizas. El corazón le palpó violentamente, las manos dió vueltas aceleradas y una gran cruz de fuego se encendió en el tabernáculo. (SIGA A LA PÁG. 9)

# REGUERDOS PERIODÍSTICOS

(DE LA PAGINA 7)

Avanzó hasta el altar, extendió balbuciente los labios, besó la hostia con anhelo supremo, y, con la sublime agonía de lo infinito, comulgó con Dios. Juntó las manos para guardar la hostia blanca en el corazón, vió que todas las rodillas se doblaban y él mismo se desplomó.

Entonces, en esa brevisísima hora del tránsito de la vida a la muerte, el peregrino vió que lo recogían las dos mujeres de su sueño, y comprendió que aquella a quien había creído vida era muerte y que en cambio la muerte era vida."

Y así termina en una melancolía sin amarguras, en una emoción tierna, en una exaltación mística, esta vida que había sembrado la tierra de sonrisas. El sentimiento fué siempre el secreto de su humorismo. Como Dickens y otros de la

gran escuela inglesa, Díaz Garcés tenía en su genio de humorista una mezcla admirable de ironía y de sentimiento, observación amable de la vida, ligera deformación simpática, en que las ridiculeces humanas producen un goce al que las contempla sin herir al que las padece; es una burla que sin transición se muda en una infinita piedad humana y arranca lágrimas de humana conmiseración al que unos instantes antes reía.

Por esa combinación de facultades, por ese carácter de su talento Díaz Garcés queda único en nuestra literatura humorística y sus escritos producidos sin pretensión de inmortalidad tienen elementos humanos de sensibilidad y de belleza moral que los defienden del olvido.

C. SILVA VILDÓSOLA.